

# Girón era inevitable

**Ana Julia Faya**

*Investigadora. Especialista en relaciones interamericanas.*

Llegó a mis manos el libro de Juan Carlos Rodríguez, *La batalla inevitable*,<sup>1</sup> y me movió a la reflexión, una vez más, este apasionante período de inicios del conflicto entre la Revolución cubana y los Estados Unidos, durante el cual el combate de Girón fue, sin dudas, su momento culminante.

La derrota causó una enorme conmoción en los círculos de poder de los Estados Unidos. Dicen que el presidente John F. Kennedy, cuando conoció del colapso de la brigada invasora, se preguntaba: «¿Cómo pude ser tan estúpido?», los que, en la CIA, habían concebido todo el plan de asalto buscaron explicaciones en la negativa del Presidente a autorizar los *raids* aéreos, primero, y el apoyo total con tropas de los Estados Unidos después; los oficiales del Pentágono echaron la culpa a la decisión de dejar en manos de la CIA, como una operación encubierta, la planificación de lo que en definitiva fue una maniobra militar. Algunos de los asesores de la Casa Blanca, como buenos burócratas, se lamentaron de no haber expuesto sus reticencias al plan, por miedo a disentir de lo que era un propósito claro en la política del nuevo

Presidente: la necesidad de derrocar al régimen comunista de Fidel Castro.

Era esto último el común denominador que, en el complejo proceso de toma de decisiones, aglutinaba a hombres tan disímiles como el asesor del presidente Kennedy, Mc George Bundy y al antiguo asesor de Eisenhower, general Andrew Goodpaster; al subsecretario de Defensa, Paul Nitze, y al jefe de la *Task Force* para Cuba, Jack Esterline; al subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Thomas Mann, y al director de Planes Especiales de la CIA, Richard Bissell; al jefe de Operaciones Navales, almirante Arleigh Burke, y al asesor presidencial, Arthur Schlesinger Jr.; al secretario de Estado, Dean Rusk, y al director de la CIA, Allen Dulles; al presidente republicano, general Dwight D. Eisenhower y a Kennedy.

Cualquier alteración en el sistema de dominación a la usanza de aquellos tiempos era identificada con un avance del comunismo en el Hemisferio Occidental. La victoriosa potencia norteamericana no podía permitir la más ligera lesión a su política para la región de América Latina y el Caribe —Guatemala lo había

demostrado. Y la Revolución cubana no dañaba ligeramente los intereses norteamericanos en la Isla, sino que era un programa radical de liberación nacional dirigido a transformar el dominio norteamericano sobre todas y cada una de las esferas de la vida en la Cuba de 1959 y apoyado por un ejército popular de nuevo tipo en América Latina, victorioso en su enfrentamiento a una de las dictaduras latinoamericanas que más ayuda había recibido de Washington.

Esta simbiosis, mediante la cual se identificaba a cualquier líder o movimiento popular como comunista, y al comunismo con cualquier intento nacionalista que alterara los niveles de dependencia de los Estados Unidos, en cualquier rincón de América Latina, nublabla la objetividad de los análisis políticos y la aprobación de cualquier reforma que no fuera de la mano norteamericana, aun cuando esta hubiera sido concebida por los propios políticos norteamericanos como necesaria en el continente. Esta enrarecida y peculiar atmósfera de guerra fría, donde se mezclaba la ideología con la salvaguarda de intereses económicos y estratégicos militares, contribuyó a que las sucesivas administraciones norteamericanas —aun las más brillantes y creadoras—, no colaboraran con políticas transformadoras en la región, las cuales, a la larga, hubieran beneficiado la hegemonía indiscutible de los Estados Unidos en las Américas. Cuba no era una excepción.

Las reformas que los Estados Unidos intentaron, después de la Revolución cubana —bajo las administraciones de Kennedy y Johnson, con la Alianza para el Progreso— no llegaron a reestructurar las bases de las economías latinoamericanas; y, después de varios cientos de millones invertidos, terminaron en el fracaso. La frustración se apoderó de los políticos liberales, de cientos de jóvenes norteamericanos que con ideas altruistas se habían incorporado a los Cuerpos de Paz durante los años 60, en el contexto de la Alianza, y también de buena parte de las sociedades de la América Latina. Varios gobiernos regionales aumentaron sus niveles de corrupción con las remesas invertidas y los beneficios del esfuerzo fueron, en general, relativamente escasos.

Las diferencias de percepciones entre el gobierno de los Estados Unidos y los latinoamericanos y caribeños sobre los fenómenos políticos y sociales de la región, ya eran grandes cuando, en vísperas de Girón, se anunció la Alianza para el Progreso. Después de terminar en derrota la aventura invasora, aun cuando ya había sido proclamada la condición socialista de la Revolución cubana, existían serias reticencias en la OEA para asimilar el fabuloso plan norteamericano regional que pretendía una reforma social pacífica en la región. Sin dudas, para importantes sectores sociales del

continente, la joven Revolución cubana ofrecía un modelo alternativo de desarrollo sobre bases de nacionalismo e independencia, sumamente atractivo, que presionaba a los diplomáticos acreditados ante el organismo hemisférico. Admite Richard Goodwin, enviado especial de Kennedy a la reunión de Punta del Este celebrada en agosto de 1961, que Che Guevara llevaba razón cuando le afirmó: «Las palabras resultan fáciles, pero los hechos son tercos.» Lleras Camargo, posteriormente, le ratificaba: «A los líderes latinoamericanos les llevó un año leer la Carta y entender que la asistencia de los Estados Unidos era algo más que promesas». <sup>2</sup> ¿Cómo pensar, entonces, que era fácil obtener el consenso de los gobiernos regionales, en la OEA, para la aventura invasora?

Las percepciones latinoamericanas sobre las revoluciones, o incluso sobre el comunismo, no eran las mismas de Washington. El Departamento de Estado y los asesores de la presidencia lo sabían, y así lo expusieron en reuniones o memorándums sobre el plan concebido por la CIA. <sup>3</sup> Pero la extrema ideologización casi siempre obliga a soslayar el disenso; la convicción de la necesidad de eliminar el comunismo en Cuba impedía el razonamiento sereno y objetivo.

Ese abismo de prepotencia, trazado por décadas de prácticas políticas en América Latina, la ignorancia de las realidades regionales, pero, sobre todo, las ideologías encontradas entre el Gobierno norteamericano y la Revolución cubana, hacían que predominara una total ineptitud en Washington para percibir que la dirección del proceso desarrollado en Cuba contaba con el apoyo de la inmensa mayoría de la población en los días de la invasión por Bahía de Cochinos. Y esto era determinante.

Resulta revelador leer cómo esa mezcla en altas dosis de «arrogancia de poder» con el miedo al comunismo —al sur de la Florida—, justificó las erróneas decisiones de la inmensa mayoría de los funcionarios más precarios de la administración Kennedy, a las que solo un congresista se opuso. <sup>4</sup> La necesidad de eliminar al régimen de Castro obviaba que hubiera análisis diferentes —y a veces hasta opuestos— sobre los planes invasores entre los departamentos y agencias. Algunos funcionarios guardaron sus valoraciones críticas en los archivos. Entre «los seguidores del régimen comunista» apenas se distinguían matices, solo la tendencia, cada vez más creciente, a suponer que de una manera mecánica se pasarían al lado enemigo cuando se asentara la cabeza de playa. Los datos aportados por los servicios de espionaje contribuían a esa creencia, toda vez que estaban basados, solamente, en las informaciones ofrecidas por el sector de la población involucrado en

acciones conspirativas y por los cubanos que llegaban a Miami.

El desastroso fracaso de *Bay of Pigs* ha sido uno de los acontecimientos que más análisis, artículos, libros o informes han producido en los Estados Unidos desde que tuvo lugar hasta hoy. La profunda consternación que provocó en las diferentes agencias, departamentos y círculos políticos de la administración del presidente John F. Kennedy, obligaba a efectuar el recuento de qué había fallado en la siempre perfecta maquinaria bélica estadounidense, no solo por parte de sus protagonistas, sino de aquellos que desde entonces se han interesado en el análisis de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.

Pero lo verdaderamente lamentable es que la ideología de guerra fría permeó de tal manera a la sociedad norteamericana en su conjunto, que el sector académico no escapó a su influjo y, de cierta manera, reaccionó a partir de sus presupuestos. Muchos de sus miembros primero buscaron los atisbos de comunismo en las acciones del Gobierno Revolucionario, para después explicar las reacciones de Washington. Es difícil encontrar una explicación a lo ocurrido en Bahía de Cochinos que no estuviera lastrada, al menos en parte, por estos esquemas, aunque después cada autor pudiera arribar a conclusiones diferentes.

Un ejemplo de ello es la insistencia en buscar las fallas de la invasión solamente en los planes discutidos en las largas sesiones transcurridas en el cuartel general de la CIA, en *Quarters Eye*; en las diferencias de percepciones entre los oficiales norteamericanos a cargo de la operación y los invasores; en las dificultades con los suministros; en la ausencia de *raids* aéreos; o en la falta de sincronización de algunas operaciones, ya sobre el terreno. En la mayoría de los análisis norteamericanos, no se menciona un factor tan evidente como el hecho de que la población del país, en total clímax revolucionario, mantenía una incuestionable cohesión de ideas políticas con sus dirigentes, y al mismo tiempo esperaba, desde hacía meses, una invasión, si no directa, al menos organizada por los Estados Unidos. Para los cubanos que vivían en revolución en la Isla, se trataba de enfrentar la invasión extranjera, de la cual se sabía vendría con o después de la instalación de la cabeza de playa contrarrevolucionaria. Este elemento psicológico, fundamental en la evitación del éxito de los planes de la Brigada 2506, se obvia; pero es el que explica que los milicianos, en aquel momento con ideologías heterogéneas —no todos ellos en favor del comunismo más ortodoxo, o sin saber lo que este era—, sí estuvieran dispuestos a tomar las armas; que avanzaran sobre el enemigo a costa de numerosas bajas y no se produjeran las deserciones pronosticadas, aun cuando los combates

del día 17 y de buena parte del 18 no fueron totalmente favorables a las fuerzas revolucionarias.

Otro factor casi siempre ausente en la bibliografía norteamericana es el análisis de los acontecimientos que tuvieron lugar dentro de la Isla —principalmente los relacionados con la neutralización de la proyectada red contrarrevolucionaria cuya acción se planeaba en las ciudades del país, especialmente La Habana, y del foco guerrillero del Escambray, los cuales se esperaba servirían de retaguardia segura a las tropas invasoras—, que antecedieron a la llegada de los primeros hombres ranas en la madrugada del Día-D y sentenciaron la derrota de los invasores. Se obvia la efectiva actividad conjunta del Ministerio del Interior, las milicias, el Ejército Rebelde y la población en todo ese período que va desde fines de 1959 hasta abril de 1961. Se centra la atención en los miles de ciudadanos retenidos —bajo sospecha o porque había antecedentes de sus actividades contrarrevolucionarias— en lugares como la Ciudad

Deportiva o los cines de los pueblos, durante los días del ataque; medida drástica adoptada bajo el estado de guerra decretado que contribuyó a paralizar cualquier intento de apoyo a la invasión.

Todavía hoy, a 35 años de los hechos, libros como *Memoirs*, de Richard Bissell, *The Very Best Men*, de Evan Thomas, o los artículos de reciente publicación de Piero Gleijeses y Stephen A. Lisio,<sup>5</sup> tratan de hurgar en las razones del fracaso y aportan nuevos elementos a esa historia todavía no agotada. Recientemente, auspiciado por los Archivos de Seguridad Nacional, dos fundaciones y otras instancias académicas norteamericanas, tuvo lugar el encuentro de Musgrove Plantation, en la isla de Sto Simons, Georgia, donde un grupo de académicos, investigadores y participantes de la parte norteamericana y de la Brigada 2506 se reunieron para debatir los acontecimientos vinculados directa o indirectamente con Bahía de Cochinos, sobre la base del análisis de 123 documentos desclasificados de la CIA, la Casa Blanca, el Pentágono, el Consejo de Seguridad Nacional y las fuerzas invasoras. Por suerte, estos documentos, los cambios acaecidos en la década de los 90 y el tiempo transcurrido desde el inicio del conflicto entre Cuba y los Estados Unidos, han contribuido a descubrir otros prismas para el análisis histórico que resultan más justos y objetivos. En definitiva, pesa el interés por investigar el pasado para ayudar a comprender mejor el presente, sobre todo en lo que se refiere a este enfrentamiento todavía inconcluso entre los dos países.

Por eso el libro de Juan Carlos Rodríguez, *La batalla inevitable*, es más que bienvenido. Más, cuando la bibliografía nuestra sobre el tema sigue siendo escasa,

y el acceso de los investigadores cubanos a fuentes primarias relativamente difícil.

Basado en una minuciosa investigación, el libro nos lleva por un relato, estructurado en varios planos, de la actividad enemiga contra Cuba, desde las primeras medidas revolucionarias adoptadas durante 1959, hasta la invasión de abril de 1961. Uno de los indiscutibles aportes de esta obra a la bibliografía sobre el tema es la descripción detallada de esa labor paciente, silenciosa y arriesgada de los entonces incipientes órganos de la Seguridad del Estado para enfrentar lo que se suponía fuera toda la red de apoyo a la invasión. Esta fue desarticulada, o neutralizada, con inteligencia y creatividad, sin experiencia, hecho que obligó a la CIA a modificar sus planes y a actuar sobre condiciones y terrenos menos favorables que los concebidos inicialmente. Richard Bissell reconoció posteriormente,

Fue nuestra ineptitud para desarrollar un claudestinidad efectivo, y la subvaloración que teníamos de la habilidad de Castro para eliminar los grupos de resistencia, lo que nos llevó a redirigir las actividades de la CIA en esos meses cruciales, de una operación guerrillera a una invasión.<sup>6</sup>

En el libro de Juan Carlos se describe cómo fueron neutralizados los diferentes grupos subversivos en La Habana y Pinar del Río; cómo se llevaron a cabo los intentos de reclutamiento de oficiales del Ejército Rebelde, con el propósito de penetrar al más alto nivel la dirección de la Revolución, y cómo fueron frustrados o capturados los involucrados. Parte fundamental en el cambio de planes de la CIA fue la llamada Operación Jaula:

Diciembre de 1960 sería un mes crucial para los planes de la CIA en el Escambray. Si lograba estructurar la agrupación insurgente y consolidar sus posiciones, la invasión podría ejecutarse en las primeras semanas del año que comenzaba. La toma de Trinidad sería un hecho. Los alzados bajarían de las montañas y atacarían en tres direcciones: por el norte, para envolver la ciudad y apoyar su ocupación por las fuerzas invasoras; al este, otros grupos cortarían en dos la carretera Sancti Spiritus-Trinidad y al oeste, una tercera fuerza impediría el arribo de refuerzos desde la ciudad de Cienfuegos.

Sin embargo, después de cruentos combates, «a finales de marzo se hacía evidente que la beligerancia de las fuerzas contrarrevolucionarias en el Escambray había disminuido».<sup>7</sup> Fue el inicio de una actividad bélica que se prolongaría cuatro años más, pero en ese momento su poca efectividad obligó a decidir cambios de concepciones en los planes contra Cuba.

Con un relato sumamente ameno, esta investigación novelada nos aproxima, sin caricaturas ni esquemas —todavía arrastrados en buena parte de nuestra bibliografía sobre el tema— a los integrantes de la brigada invasora; a sus diferencias internas, diversidad de motivaciones para integrarla, contradicciones con el

mando norteamericano, anhelos, desesperanzas, valentía, frustraciones y miedos experimentados durante todo el período en el que se llevaron a cabo estas acciones, desde la etapa de preparación y entrenamiento en las selvas de Guatemala, hasta los combates en suelo cubano. Por eso, también, este libro es un aporte al tema. Nuestros héroes no se enfrentaron a muñecos ni a fantasmas, sino a hombres de carne y hueso, cuya diferencia con los milicianos fueron sus muy diferentes ideales. Y aporta también a la bibliografía norteamericana, donde casi siempre —aunque con excepciones, como el libro de Peter Wyden<sup>8</sup>— se tiende a minimizar las acciones del contrario, aun a sabiendas que este ha sido valiente y aquellas victoriosas. Los adjetivos no hacen falta cuando los hechos son elocuentes, y las simplificaciones entorpecen el real entendimiento de los hechos históricos.

El libro de Juan Carlos entrega también un capítulo principal, «¡Señores, ha llegado la hora!» En él se desmitifica el tan debatido asunto del famoso segundo *raid* aéreo. La neutralización de la aviación enemiga y la capacidad de acción de la propia eran fundamentales en los planes de la Brigada, y muchos autores han culpado a Kennedy del fracaso por haber suspendido los vuelos sobre Cuba después del escándalo que se produjo en la ONU por los bombardeos del 15 de abril. En este capítulo se describe cómo se habían dado órdenes previas de proteger los aeródromos, razón por la cual las bajas de la fuerza aérea cubana fueron menores de lo que el mando enemigo esperaba. Y cómo después de los ataques a San Antonio y Ciudad Libertad, de haberse admitido el segundo *raid*, la efectividad de este hubiera sido mínima:

Ese mismo día 15, dos nuevas baterías de artillería antiaérea cuádruples de 12,5 mm entraban en la base de San Antonio. Cada una estaba compuesta por seis piezas de cuatro ametralladoras pesadas. O sea, el refuerzo representaba 48 nuevas ametralladoras pesadas antiaéreas [...] Otras dos unidades del mismo tipo entraban en Ciudad Libertad. Esa noche, para la defensa de la base de San Antonio se adicionaba una nueva batería de cañones de 37 mm. Sencillamente, estaban esperando el segundo ataque aéreo.<sup>9</sup>

El tono novelado al escribir *La batalla inevitable* es un recurso válido que permite licencias que un trabajo de corte académico no admitiría, como la construcción de diálogos o la ausencia de la acotación de fuentes después de citas textuales y datos. Pero no quedan dudas acerca de la cuidadosa investigación que hay detrás de estas 300 páginas por las que se extiende un relato ameno y didáctico que puede llegar a un amplio espectro de lectores. Muchos de los hechos narrados, por lo novedosos que resultan dentro de la bibliografía ya existente sobre estos asuntos, convierten al libro que comento, desde ahora, en un texto de consulta obligada para los especialistas.

Para los que vivimos esos años y los vamos olvidando, y para los que necesitan conocer los hechos que conformaron aquella historia, esta es una lectura que recomiendo.

## Notas

1. Juan Carlos Rodríguez, *La batalla inevitable*, La Habana: Editorial San Luis, 1996.

2. Lleras Camargo se refiere a la Carta de Punta del Este, documento de la OEA aprobatorio de la Alianza para el Progreso. Véase Richard N. Goodwin, *Remembering America*, Boston: Little Brown, 1988: 195.

3. Véase Departamento de Estado, «Memorandum of Meeting with the President», 3 de enero de 1961; y Arthur Schlesinger, Jr., «Memorandum for the President», 10 de abril de 1961, entre otros, en *The Bay of Pigs. New Evidence from Documents and Testimony of the Kennedy Administration [dossier]*, Conferencia de Musgrove Plantation St. Simons Island, Georgia, 31 de mayo al 2 de junio de 1996.

4. Se trata de la conocida oposición a los planes invasores por parte del congresista James William Fullbright, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, quien basaba su postura en lo inmoral e inadecuado que resultaba, para una potencia como los

Estados Unidos, invadir a un Estado como Cuba, no solo menos poderoso, sino incomparablemente más pequeño.

5. Richard Bissell, *Memoirs*, New Haven, Yale University Press, 1996; Evan Thomas, *The Very Best Men*, New York: Simon & Schuster, 1995; Piero Gleijeses, «Ships in the Night. «The CIA, the White House, and the Bay of Pigs», *Journal of Latin American Studies*, 17 (parte 1), febrero, 1995 11-42; Y Stephen A. Lisio, «Approaches to the Bay of Pigs. The Making of the Perfect Failure», [mimeografiado], Washington, DC.: American University, 1996.

6. Richard Bissell, ob. cit.: 200.

7. Juan Carlos Rodríguez, ob. cit.: 106, 120.

8. Peter Wyden, *Bay of Pigs. The Untold Story*, New York: Simon & Schuster, 1979.

9. Juan Carlos Rodríguez, ob. cit.: 237.

© TEMAS, 1996